Solemnidad: San Pedro y San Pablo, Apostoles

Primera lectura

Lectura de los Hechos de los Apóstoles 12, 1-11

Ahora me doy cuenta de que el Señor me ha librado de las manos de Herodes

1Por aquel entonces, el rey Herodes hizo arrestar a algunos miembros de la Iglesia
para maltratarlos. 2Mandó ejecutar a Santiago, hermano de Juan, 3y al ver que esto
agradaba a los judíos, también hizo arrestar a Pedro. Eran los días de "los panes
Ácimos". 4Después de arrestarlo, lo hizo encarcelar, poniéndolo bajo la custodia de
cuatro relevos de guardia, de cuatro soldados cada uno. Su intención era hacerlo
comparecer ante el pueblo después de la Pascua. 5Mientras Pedro estaba bajo
custodia en la prisión, la Iglesia no cesaba de orar a Dios por él. 6La noche anterior
al día en que Herodes pensaba hacerlo comparecer, Pedro dormía entre los
soldados, atado con dos cadenas, y los otros centinelas vigilaban la puerta de la
prisión. 7De pronto, apareció el Ángel del Señor y una luz resplandeció en el
calabozo. El Ángel sacudió a Pedro y lo hizo levantar, diciéndole: "¡Levántate
rápido!". Entonces las cadenas se le cayeron de las manos. 8El Ángel le dijo:
"Tienes que ponerte el cinturón y las sandalias" y Pedro lo hizo. Después de dijo:
"Cúbrete con el manto y sígueme". 9Pedro salió y lo seguía; no se daba cuenta de
que era cierto lo que estaba sucediendo por intervención del Ángel, sino que creía
tener una visión. 10Pasaron así el primero y el segundo puesto de guardia, y
llegaron a la puerta de hierro que daba a la ciudad. La puerta se abrió sola delante
de ellos. Salieron y anduvieron hasta el extremo de una calle, y en seguida el Ángel
se alejó de él. 11Pedro, volviendo en sí, dijo: "Ahora sé que realmente el Señor
envió a su Ángel y me libró de las manos de Herodes y de todo cuanto esperaba el
pueblo judío".

Palabra de Dios.

Salmo Responsorial

Salmo 34 (33), 2-3. 4-5. 6-7. 8-9

R. *¡El ángel del Señor librará a los que temen a Dios!*

2Bendeciré al Señor en todo tiempo, su alabanza estará siempre en mis labios. 3Mi
alma se gloría en el Señor; que lo oigan los humildes y se alegren. **R**.

4Glorifiquen conmigo al Señor, alabemos su Nombre todos juntos. 5Busqué al
Señor: él me respondió y me libró de todos mis temores. **R**.

6Miren hacia él y quedarán resplandecientes, y sus rostros no se avergonzarán.
7Este pobre hombre invocó al Señor: él lo escuchó y los salvó de sus angustias. **R**.

[8]El Ángel del Señor acampa en torno de sus fieles, y los libra. [9]¡Gusten y vean qué bueno es el Señor! ¡Felices los que en él se refugian! **R**.

Segunda Lectura

Lectura de la segunda carta del Apóstol San Pablo a Timoteo 4, 6-8. 17-18

Ahora me aguarda la corona merecida

[6]Yo ya estoy a punto de ser derramado como una libación, y el momento de mi partida se aproxima: [7]he peleado hasta el fin el buen combate, concluí mi carrera, conservé la fe. [8]Y ya está preparada para mí la corona de justicia, que el Señor, como justo Juez, me dará en ese Día, y no solamente a mí, sino a todos los que hay aguardado con amor su Manifestación. [16]Cuando hice mi primera defensa, nadie me acompañó, sino que todos me abandonaron. ¡Ojalá que no les sea tenido en cuenta! [17]Pero el Señor estuvo a mi lado, dándome fuerzas, para que el mensaje fuera proclamado por mi intermedio y llegara a oídos de todos los paganos. Así fui librado de la boca del león. [18]El Señor me librará de todo mal y me preservará hasta que entre en su Reino celestial. ¡A él sea la gloria por los siglos de los siglos! Amén.

Palabra del Señor.

Aleluya Mt 16, 18

"Aleluya, aleluya. Tú eres Pedro. Y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder del infierno no la derrotará. Aleluya"

Evangelio

Lectura del santo Evangelio según San Mateo 16, 13-19

Tú eres Pedro y te dará las llaves del Reino de los Cielos

[13]Al llegar a la región de Cesarea de Filipo, Jesús preguntó a sus discípulos: "¿Qué dice la gente sobre el Hijo del hombre? ¿Quién dicen que es?". [14]Ellos le respondieron: "Unos dicen que es Juan el Bautista; otros Elías; y otros, Jeremías o alguno de los profetas". [15]"Y ustedes, les preguntó, ¿quién dicen que soy?". [16]Tomando la palabra, Simón Pedro respondió: "Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo". [17]Y Jesús le dijo: "Feliz de ti, Simón, hijo de Jonás, porque esto no te lo ha revelado ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en el cielo. [18]Y yo te digo: "Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi iglesia, y el poder de la Muerte no prevalecerá contra ella. [19]Yo te dará las llaves del Reino de los Cielos. Todo lo que ates en la tierra, quedará atado en el cielo, y todo lo que desates en la tierra, quedará desatado en el cielo".

Palabra del Señor.

Comentario:

1. "Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo" (Mt 16, 16).

¡Cuántas veces hemos repetido esta profesión de fe, que un día pronunció Simón, hijo de Jonás, en Cesarea de Filipo! ¡Cuántas veces yo mismo he encontrado en estas palabras una fuerza interior para proseguir la misión que la Providencia me ha confiado!

Tú eres el Cristo. Todo el Año santo nos impulsó a fijar la mirada en "Jesucristo, único Salvador, ayer, hoy y siempre". Cada una de las celebraciones jubilares fue una incesante profesión de fe en Cristo, renovada en común dos mil años después de la Encarnación. A la pregunta, siempre actual, de Jesús a sus discípulos: "Y vosotros ¿quién decís que soy yo?" (Mt 16, 15), los cristianos del año 2000 han respondido una vez más uniendo su voz a la de Pedro: "Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo".

2. "¡Bienaventurado tú, Simón, hijo de Jonás!, porque eso no te lo ha revelado ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en el cielo" (Mt 16, 17).

Después de dos milenios, la "roca" sobre la que está fundada la Iglesia sigue siendo la misma: es la fe de Pedro. "Sobre esta piedra" (Mt 16, 18) Cristo construyó su Iglesia, edificio espiritual que ha resistido al embate de los siglos. Desde luego, sólo sobre bases humanas e históricas no hubiera podido resistir el asalto de tantos enemigos.

A lo largo de los siglos, el Espíritu Santo ha iluminado a hombres y mujeres, de todas las edades, vocaciones y condiciones sociales, para que se convirtieran en "piedras vivas" (1 P 2, 5) de esta construcción. Son los santos, que Dios suscita con inagotable creatividad, mucho más numerosos que los que señala solemnemente la Iglesia como ejemplo para todos. Una sola fe; una sola "roca"; una sola piedra angular: Cristo, Redentor del hombre.

"¡Bienaventurado tú, Simón, hijo de Jonás!". La bienaventuranza de Simón es la misma que escuchó María santísima de labios de Isabel: "Bienaventurada tú, que has creído, porque lo que ha dicho el Señor se cumplirá" (Lc 1, 45).

Es la bienaventuranza reservada también a la comunidad de los creyentes de hoy, a la que Jesús repite: ¡Bienaventurada tú, Iglesia del año 2000, que conservas intacto el Evangelio y sigues proponiéndolo con renovado entusiasmo a los hombres del comienzo de un nuevo milenio!

En la fe, fruto del misterioso encuentro entre la gracia divina y la humildad humana que confía en ella, se halla el secreto de la paz interior y de la alegría del corazón que anticipan en cierta medida la felicidad del cielo.

3. "He combatido bien mi combate, he corrido hasta la meta, he conservado la fe" (2 Tm 4, 7).

La fe se "conserva" dándola (cf. Redemptoris missio, 2). Esta es la enseñanza del apóstol san Pablo. Es lo que ha acontecido desde que los discípulos, el día de Pentecostés, al salir del Cenáculo y bajo el impulso del Espíritu Santo, se dispersaron en todas las direcciones. Esta misión evangelizadora prosigue en el tiempo y es la manera normal como la Iglesia administra el tesoro de la fe. Todos debemos participar activamente en su dinamismo.

Con estos sentimientos os dirijo mi más cordial saludo a vosotros, queridos y venerados hermanos, que estáis en torno a mí. De modo especial os saludo a vosotros, queridos arzobispos metropolitanos, que habéis sido nombrados a lo largo del último año y habéis venido a Roma para el tradicional rito de la imposición del palio. Procedéis de veintiún países de los cinco continentes. En vuestros rostros contemplo el rostro de vuestras comunidades: una inmensa riqueza de fe y de historia, que en el pueblo de Dios se compone y se armoniza como en una sinfonía.

Saludo también a los nuevos obispos, ordenados durante este año. También vosotros provenís de diversas partes del mundo. En los diferentes miembros del cuerpo eclesial, que representáis aquí, hay esperanzas y alegrías, pero no faltan ciertamente las heridas. Pienso en la pobreza, en los conflictos, a veces incluso en las persecuciones. Pienso en la tentación del secularismo, de la indiferencia y del materialismo práctico, que mina el vigor del testimonio evangélico. Todo esto no debe debilitar, sino intensificar en nosotros, venerados hermanos en el episcopado, el anhelo de llevar la buena nueva del amor de Dios a todos los hombres.

Oremos para que la fe de san Pedro y san Pablo sostenga nuestro testimonio común y nos disponga, si fuera necesario, a llegar hasta el martirio.

4. Precisamente el martirio fue el coronamiento del testimonio de Cristo que dieron los dos apóstoles que hoy celebramos. Con algunos años de diferencia, uno y otro derramaron su sangre aquí en Roma, consagrándola de una vez para siempre a Cristo. El martirio de san Pedro marcó la vocación de Roma como sede de sus sucesores en el primado que Cristo le confirió al servicio de la Iglesia: servicio a la fe, servicio a la unidad y servicio a la misión (cf. Ut unum sint, 88).

Es urgente este anhelo de fidelidad total al Señor; es cada vez más intenso el deseo de la unidad plena de todos los creyentes. Soy consciente de que, "después de siglos de duras polémicas, las otras Iglesias y comunidades eclesiales escrutan cada vez más con una mirada nueva este ministerio de unidad" (ib., 89). Esto vale de modo particular para las Iglesias ortodoxas, como pude notar también en los días pasados durante mi visita a Ucrania. ¡Cómo quisiera que llegara cuanto antes el día de la reconciliación y de la comunión recíproca!

Con este espíritu, me alegra dirigir mi cordial saludo a la delegación del patriarcado de Constantinopla, guiada por su eminencia Jeremías, metropolita de Francia y exarca de España, a quien el patriarca ecuménico Bartolomé I ha enviado para la celebración de San Pedro y San Pablo. Su presencia añade una nota particular de alegría a nuestra fiesta. Que esos dos santos apóstoles intercedan por nosotros, para que nuestro compromiso común nos estimule a preparar el restablecimiento de la unidad, plena y armoniosa, que deberá caracterizar a la comunidad cristiana

en el mundo. Cuando esto acontezca, el mundo podrá reconocer más fácilmente el auténtico rostro de Cristo.

5. "He conservado la fe" (2 Tm 4, 7). Así afirma el apóstol san Pablo haciendo el balance de su vida. Y sabemos de qué modo la conservó: dándola, difundiéndola, haciéndola fructificar lo más posible. Hasta la muerte.

Del mismo modo, la Iglesia está llamada a conservar el "depósito" de la fe, comunicándolo a todos los hombres y a todo el hombre. Para esto el Señor la envió al mundo, diciendo a los Apóstoles: "Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes" (Mt 28, 19). Ahora, al comienzo del tercer milenio, este mandato misionero es más válido que nunca. Más aún, frente a la amplitud del nuevo horizonte, debe recuperar la lozanía de los comienzos (cf. Redemptoris missio, 1).

Si san Pablo viviera hoy, ¿cómo expresaría el anhelo misionero que distinguió su acción al servicio del Evangelio? Y san Pedro ciertamente no dejaría de animarlo en este generoso impulso apostólico, tendiéndole la mano en señal de comunión (cf. Ga 2, 9).

Así pues, encomendemos a la intercesión de estos dos santos apóstoles el camino de la Iglesia al comienzo del nuevo milenio. Invoquemos a María, la Reina de los Apóstoles, para que en todas partes el pueblo cristiano crezca en la comunión fraterna y en el impulso misionero.

Quiera Dios que cuanto antes toda la comunidad de los creyentes proclame con un solo corazón y una sola alma: "Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo". Tú eres nuestro Redentor, nuestro único Redentor, ayer, hoy y siempre. Amén. Tomado de http://www.aciprensa.com/fiestas/pedropablo/homilia2001.htm, homilía de Juan Pablo II, vista el 24/06/09.

Meditemos:

I. ¿Qué cosas me provoca la figura de Pedro?

II. ¿Qué cosas suscita la de Pablo?

Padre San Marcos Sanchez